

que apunta hacia una sutil caricatura de alguno de sus personajes, con lo cual da un color de vida a sus escenas que acaso de otra manera no se obtendría. Porque estos campesinos simples y primitivos, borrachos y dicharacheros tienen que aparecer en cierto modo atónitos, sorprendidos por la oratoria altisonante de los líderes, por las noticias de la capital, donde cambian los generales y por las tremendas mutaciones que se operan en la propiedad agrícola y en el ritmo de sus vidas. En *San Gabriel de Valdivias*, se operan en pequeña escala todos los acontecimientos que en México entero: es un trasunto del proceso que conmueve a todo el país. Y Azuela construye con esos elementos humanos y con ese paisaje, una novela más del México de los tiempos de Calles y de Obregón: un microcosmos del gran crisol en que el noble pueblo mexicano está buscando su forma definitiva.— J. M.



Un filósofo y un libro.—(DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *E. Molina*)

En el ambiente intelectual de Chile, nadie podría reunir mayores méritos para que se le llame un filósofo—sencillamente un filósofo—que don Enrique Molina. Es la vocación auténtica, más la obra, los intereses del espíritu, más la devoción que los exalta. Ha sido directamente un educador humanista durante toda su vida y, fuera de esto, un estudioso libre y un productór de obra filosófica pura como no ha existido otro en cualquier tiempo de la historia del país. Sólo por el Rector de la Universidad de Concepción podrá incluirse a Chile en un cuadro de los progresos del pensamiento filosófico del continente.

Es con esa sensación de cofradía dispersa—porque somos escandalosamente minoritarios—perceptible por encima de to-

das las diferencias de credos y opiniones que cabe hablar y pensar del autor de «Lo espiritual en la vida humana». Me siento muy lejos de coincidir con él en su posición de hombre de pensamiento, puesto que él es más bien y todavía un creyente en la fecundidad de los viejos principios, un confiado en la solidez de los pórticos de una sociedad concluída y redondeada que ya no advierte sus autonegaciones ocultas en las últimas grietas de su madurez. Don Enrique Molina indudablemente es un conservador, pero que alcanza a percibir por entre las troneras de sus fuertes dogmas los tentadores perfumes de una cosecha humana distinta y aun sin personería legal. En otro temperamento más exaltado, estas sorpresivas incursiones de existencia y mundos novedosos en la placidez de su espíritu provocarían fuertes crisis, como si dentro del alma chocaran generación contra generación, como si los muros de la ciudadela despidieran destellos fugaces al choque de los dardos tentadores. Y como a conservador le he leído sin imaginarme que en las páginas y renglones de su libro mis dedos habrían de hollar la pátina de la fe bíblica. Porque piensa y dice su pensamiento con una sencillez evangélica.

Ese y otros escritos suyos lo denuncian como una inteligencia serena, cuya ponderación y medida, dañosas y visiblemente excesivas, le son su clima natural. El autor olvida que no se trata de una siembra, cuya caída lenta es más bien como una fría niebla sobre las alas del hombre; olvida que el arado que mella los espíritus debe despedir irradiaciones de fuego.

Dedicado profesionalmente a educar, a difundir cultura de elaboración extranjera, no podría su espíritu, no siendo de naturaleza revolucionaria, tomar posiciones que rompieran viejas trayectorias y olvidaran valores consagrados. Pero no sería necesaria ninguna otra condición para pesar en el ambiente intelectual chileno y tener grandes responsabilidades. Hasta que espíritus heroicos y fecundos y universidades e instituciones nuevas acuñadas con emociones vividas en el torrente

de la época pongan a firme su pie en estos nuevos caminos de Canaan, los hombres que sostienen y utilizan en el campo filosófico el caudal de otros siglos no hacen más que defender sólidamente la retaguardia de nuestra cultura contra los posibles errores y desvíos y derrotas de los que husmeamos caminos inexplorados.

Naturalmente es más fácil y grato entenderse con un filósofo conservador que con un conservador filósofo—y ¡qué pocos existen!—Porque ¡cuánto principio transformador podría desempolvase si se quisiera remover sin prejuicios la tumba de los clásicos más escolásticos!

* * *

En su último libro «De lo espiritual en la vida humana», don Enrique Molina desarrolla una defensa del espíritu. Tarea harto difícil, cuando el espíritu que se defiende continúa vistiendo los gastados ropajes de antaño y cuando la defensa no se ha liberado de sus viejas posiciones. En verdad no se trata del espíritu como realidad metafísica, ni como fuerza cósmica, sino de la vida espiritual en cuanto contraposición de la vida grosera y materialista. Es el espíritu envolviendo los diversos aspectos de la vida con su malla de sensibilidades y con sus vibraciones ideales; «una consideración de lo espiritual en la vida humana en lo que tiene de constructivo y creador y en lo que envuelve de exigencias éticas», como dice el mismo maestro.

El generoso afán del señor Molina con ese significado restaurador de la actividad espiritual debió implicar una tarea paralela de renovación de los viejos dogmas o de alimentación de un nuevo sentido de la vida del espíritu. Pues habría un contrasentido lengüístico en hablar de la resurrección en lo único y lo eterno. Nuestra época se ha hecho responsable de la acusación de materialidad, en primer lugar por la invasión.

del capitalismo y después por el auge de los partidos de filosofía marxista. Precisamente a causa de la ausencia de una filosofía de la vida que reemplazara los valores y credos democráticos y liberales, el marxismo encontró terreno fácil para su propagación en todos los sectores de la sociedad. El auge del sentido materialista de la existencia en general es la prueba del fracaso de las religiones y los idealismo teóricos en sus respuestas a las exigencias expresas o tácitas que fatalmente trae consigo el progreso intelectual del hombre medio. Tampoco las religiones ni la ética social del liberalismo democrático supieron enfrentarse a la conciencia capitalista en el plano inclinado por donde desvió ella todos los intereses humanos. Desde fines del siglo pasado, las formas tradicionales de elevación y espiritualización quedaron funcionando en el vacío entregadas a especulaciones simplistamente teóricas y rituales al cambiar de dirección las mareas de las realidades colectivas, en busca del eje económico para su capilaridad.

La gran industria y el capitalismo con su influencia en la pérdida del valor metafísico de la naturaleza y la deportivización de la conducta humana crearon una realidad nueva ante la que no debieron permanecer indiferentes las religiones como fenómeno social dirigido, ni las formas de la cultura espiritualista de otros siglos. El pueblo del mundo, al elevarse su tono de vida cotidiano y no obstante su mayor capacidad de absorción de ideales y principios no encontró una respuesta suficientemente justa y certera en ninguna Iglesia, ni en ninguna filosofía ética organizada. Y entonces ese pueblo quiso resolver por sí mismo sus problemas, darse a sí mismo un sentido de la vida, acogerse a una filosofía que correspondiera a las exigencias de su estado social y se inclinó al materialismo, distribuyéndose después dentro de él según sus intereses prácticos más inmediatos, ya dentro del materialismo capitalista, ya dentro del materialismo proletario.

Con esto el campo de influencia del marxismo quedó en-

sanchado y comenzó entonces la teoría marxista a intentar soluciones para la esfera de la cultura y del espíritu, o, mejor dicho, a adaptar la cultura y el espíritu a las soluciones que daba para la vida práctica.

En el pueblo de los Estados Unidos, se ve un ejemplo de cómo la vida misma con su tropel de hechos y su acumulación de grandes realidades ha desbordado todas las antiguas fronteras religiosas y éticas y sigue el rumbo que le dan sus propias energías. Por eso es que EE. UU.—como el niño, como el deportista puro—carece de una filosofía, de una religión o una ética íntima que le trace una línea de sensibilidad espiritual clara y permanente, siendo posible, en cambio en ese país el behaviorismo externo y circunstancial. Ahí la capacidad de evolución de las corrientes religiosas y los idealismos más altos quedó postergada sin poder presidir el progreso, ni darle un sentido secularmente histórico. Por el contrario, el materialismo de la vida atrajo hacia sí las formas más simples y manuales de las religiones y los ideales, o sea, mediocratizó y sojuzgó todas las aristocracias del espíritu. Es por eso que algunos idealistas un poco desenvueltos de las mallas de la vida yanqui como Roosevelt y Wilson sean un acontecimiento histórico en EE. UU. cuando en otros países, los latinos, por ejemplo, son un hecho común, y que la manifestación más alta de la vida desinteresada se exterioriza sólo en la filantropía.

Si la concepción marxista de la vida social no ha progresado en EE. UU. se debe a la enormidad de los recursos vivos del país y al nivel uniforme de los hombres que fueron llegando para poblarlo. Esto quiere decir que la bonanza capitalista y el progreso familiar comenzaron por el proletariado mismo y que no hubo distancias tradicionales y regímenes de clases y castas. En suma la riqueza social de los EE. UU. comenzó por donde—y revolucionariamente—debía haber terminado, comenzó dispersa, distribuída entre el proletariado. Aunque es el país de los grandes multimillonarios, la sociedad yanqui no

ofrece los enormes abismos de clases y todas sus consecuencias que se ven en otros países, como muchos latinoamericanos, cuyos pequeños millonarios buscan o inventan al momento prestigios ancestrales para justificar la tienda aparte dentro de la nación.

El materialismo de la vida es, como dice Charles Wagner (1) con gran exactitud, «una depreciación de los valores humanos en beneficio de las cosas, una primacía de la forma y el continente sobre el contenido».

Contra ese materialismo, peligroso precisamente, porque está muy distante del materialismo filosófico y científico, últimamente espiritualizado, es que dirige Molina sus prédicas y su defensa. Pero el evangelio de una interpretación elevada de la vida no puede reducirse a un apostolado *ad-extra*, no puede ser una prédica en medio de un mundo cercenado de la tierra difícil y amarga, donde amasa su existencia el hombre contemporáneo. Quiero decir que para propagar el espiritualismo hay que penetrar hasta la entraña misma de las condiciones sociales de hoy... y entonces se verá que el espiritualismo de ahora no puede ser idéntico al de otras épocas, ni salvarse ni conservarse, refugiándose en la prescindencia y la pasividad o repitiendo el salmo exhortativo de siempre. Yo creo que el espíritu se afirmará y vigorizará más, dándole una filosofía y una justificación a lo mejor de la vida presente, tal como es que levantando tienda aparte y declarándole la guerra con sus viejas armas. Así, espiritualizar la vida latinoamericana en este último sentido sería retrollevarla al siglo pasado en que en un cuerpo social anémico y mísero vivía apenas un grupo culto y rico, practicando las más altas, y también más infecundas, satisfacciones psíquicas, y espiritualizarle en el primer sentido sería elevarla para una mayor obra creadora y una más firme supervivencia histórica. Entre el espiritualismo de

(1) Ensayo sobre «El materialismo en las costumbres».

cualquiera de nuestras repúblicas de las décadas románticas del siglo XIX y el así llamado materialismo de hoy prefiero este último. No puede prescindirse, como lo alcanza a ver el señor Molina en el último capítulo, de ciertas realidades materiales que pesan sobre el hombre común, y no se le puede exigir a éste más que ductibilidad para que comprenda que necesita salvarse y penetrar en otra forma de civilización más sencilla, más luminosa, más próxima a las eternidades que el hombre busca.

De ahí que para la perfección espiritual del hombre colectivo se requiera previamente su liberación social, su máxima posibilidad para comprender el mundo como pueden comprenderlo y vivirlo sólo unos pocos privilegiados, es decir, una máxima liberación de los intereses terrenales del día para poder apreciar los intereses, terrenales también muchos, pero menos egoístas, de mañana. Si bien la difusión del materialismo tiene justificación en el campo de los desheredados no la tiene ni remota en el terreno contrario, que es el que actualmente representa la imagen del mundo.

Mientras más se anhele la restauración de muchos momentos de la vida espiritual en un mayor número de hombres, más obligado se está a buscar otra organización social y económica para la humanidad a que pertenecemos y a buscarla práctica y decididamente, porque no es posible lo fructífero de la obra creadora sin un alto nivel espiritual medio del pueblo. Lo demás es darse a un evangelio infecundo y monótono. Es la espiritualidad del púlpito trasladada al ambiente laico. Todo lo anterior naturalmente para lo que llamamos cultura occidental en cuyos términos también piensa don Enrique Molina.

Es interesante señalar que el distinguido profesor no habla de la salvación mediante cualquiera de las religiones. Sin duda ha visto lo que todos, que las religiones occidentales necesitan desenvolverse en el mar, donde deben ahogarse todas sus falsas

imprecaciones para que después sus esencias cristalicen de nuevo.

He leído por ahí que «durante la antigüedad y la Edad Media había predominado un ideal de ascetismo» y que «la sabiduría antigua está de acuerdo con el cristianismo para preconizar el desprecio de las riquezas y la modestia de las necesidades». Afirmar eso de la edad antigua es un error tan burdo como afirmar lo mismo del cristianismo actual. La crisis espiritualista de hoy se acentúa, pues, por el hecho de que hasta las religiones militantes son agentes del materialismo y que sin utilizar siquiera el recurso de santificar la materia la llevan sobre sus hombros, jadeantes, pero felices.

El problema de restaurar a su cenit los valores del espíritu no es tan fácil. No se trata de una simple reanimación mediante los reactivos de costumbre. El hecho mismo de que las urgencias de la vida material no divorcien al hombre por completo de las actividades del espíritu es una dificultad, porque se hace difícil descubrir hasta dónde alcanza la política calibanesca y desde dónde comienza el reinado puro de Ariel. En la vida moderna, existe un campo de conciliación de los dos extremos: el campo de los servicios sociales, donde el egoísta y materializado penetra para disfrazar su condición y a donde el espiritualista desciende para recibir constantes incitaciones a sus idealismos.

Si para destacar por sobre la vida ordinaria una vida del espíritu que suponga y persiga dentro de sí misma sus finalidades es necesario volver a la cultura humanista o acentuarla, como lo cree el distinguido profesor de Concepción, esa cultura no tiene por qué ser la renacentista ni por qué repetir una vez más el examen de los clásicos greco-latinos. El humanismo no se dió una sola vez y de una determinada naturaleza para todos tiempos. El humanismo es un concepto por cuya forma va desfilando la historia, dándole siempre actividades y matices nuevos. Creo que para la ejemplarización y el enriqueci-

miento de la vida espiritual de hoy hay suficientes contenidos en la cultura posterior al Renacimiento. Entiendo que puede ignorarse el mundo antiguo y ser un humanista moderno y que se puede ser un versado en literatura griega y latina sin ser en realidad un humanista. Los humanistas que han motivado el concepto fueron hombres que se apretujaron en el tumulto de la vida y se interesaron por la obra y el destino del hombre, siendo en su época temperamentos y espíritus de vanguardia. Es por eso que el humanista cabal de hoy debe vivir como deber una vida activa del espíritu y cuando menos acompañar muy de cerca a la marea de las nuevas ambiciones humanas que se expresan con la sintética, fácil y rica palabra revolución. De otra manera todos los archiveros, bibliotecarios y dómines de la cátedra que manipulan, un poco de griego y latín tendrían derecho al honor de llamarse humanistas. La mirada al pasado de los hombres del Renacimiento no fué una simple veleidad intelectual; no fueron ellos fríos y pacientes pesquisadores arqueológicos; fueron la exteriorización de una fuerza y una vida nueva del espíritu; tal vez un exceso de energía física que buscó y encontró donde aplicarse, ya que en los comienzos de la época renacentista y en la Edad Media el caudal de la producción profana del espíritu fué ínfimo.

* * *

Lo que se destaca principalmente en aquel libro «De lo espiritual en la vida humana» es la actitud de un hombre que conociendo, sin duda, la enormidad de la tarea no escatima voluntad y afán para recordar a los demás que están abiertas las puertas acogedoras de un mundo espiritual injusta y equivocadamente abandonado.—RAMIRO PEREZ REINOSO.